



CAPITULO VIII

DONDE SE DESCUBRE LA INGENIOSA MANERA DE QUE EL CURA USÓ PARA DAR UN BANQUETE SIN QUE LE COSTASE UN MARAVEDÍ Y SE TRATA DE SANCHO PANZA Y LA REVUELTA EN QUE SE VIÓ METIDO MUY Á PESAR SUYO.

Si el santo hombre de vicario se daba la mano con Harpagon, mucho que lo afirman las historias; pero lo cierto es que ese día todos nadaban en la abundancia; pues á fuero de ingenioso, el cura había imaginado el modo de servirse un banquete á ninguna costa; y era imponer sobre sus feligreses una contribución de platos de todo linaje, con decir que era cosa de la Iglesia, y que yendo la Virgen en persona por la madera, sería poco cristiano no festejarla con alguna piadosa demostración á su regreso. Gravó, pues, con un manjar á cada familia de viso, de suerte que sus manteles se cubriesen tres ó cuatro vueltas y los postres fuesen acomodados á ofrecerlos á Su Santidad en persona. A una impuso las sopas, á otra los asados; á ésta los rellenos, á ésa las ensaladas; las tortas á cual, los dulces á tal; á la de acá el pan, á la de allá el vino; y así fué la vehemencia de su palabra, que consiguió de sus oyentes hasta mistelas finas y toda clase de sainetes y bocadillos de reina, ofreciendo sacar del purgatorio el número de almas que fuere menester. Sancho Panza, el escudero, participaba largamente de la generosidad del vecindario, comiendo y bebiendo con más holgura y menos ceremonias que en la ínsula Baratária; pues no había más doc-

tor Pedro Recio de Tirteafuera que un pillo ordenado de menores, entre diácono y sacristán, que tiraba á matraquearle, habiendo barruntado la sencillez del majadero. «Supuesto que la hija de vuesa merced se cría para condesa, dijo, bien podemos desde ahora, me parece, llamar conde á vuesa merced, en cuanto padre legítimo de esa alhaja. — Por la misma razón, contestó Sancho, ya podrá la pelarruecas de la esquina subir al campanario á repicar, dado y concedido que vuesa merced es hijo de su madre. Condes serán los de Sanchica, ó duques, si mi amo tuviere por mejor casarla con el de Arembergue y Ariscot. — Mi madre no pela ruecas, dijo con mucha cólera el monigote; lo que solemos pelar por aquí son las barbas á los atrevidos que maman y gruñen. — El pelar barbas está cometido á los andantes, respondió Sancho: si vuesa merced quiere meter la hoz en mies ajena, sucederá quizás que vaya por lana y vuelva trasquilado, y trasquilado á cruces. — *Turpiter decalvare*, dijo un buen viejo que picaba en latinista, y era tío desgraciado de uno de los clérigos; de esos parientes que, por humildes y pobres en demasía, suelen huir de la mesa principal. A esto el Fuero Juzgo llama *esquilar laidamente*, añadió. ¿Conque se propone vuesa merced esquilar laidamente á este muchacho? — Tal es mi determinación, respondió el escudero. — Y vos ¿quién sois para abrigar esos designios?, preguntó el monigote: ¿Estáis á nuestra mesa, y os proponéis trasquilar á cruces á los que os dan de comer?» Levantándose con estas razones, se sacudió y se fué lleno de furia.

«Ahora que ese buscarruidos nos ha hecho el favor de largarse, dijo el latinista, cuéntenos el buen Sancho, ¿á qué centro tira sus líneas en esto de irse por el mundo tras un loco? El hombre se afana por llegar al término del cual vuesa merced está huyendo; esto es, á la vida doméstica tranquila y sosegada, en medio de la esposa y de los hijos, frescos pimpollos que respiran inocencia y alegría cuando niños, amor cuando mayores. He visto el hogar y me he calentado en él: *Vale, calefactus sum, vide focum.*» El discurso del latinizante parecía lógico, y el escu-

dero echó por el atajo diciendo: «Como el Sr. D. Quijote no varíe de intención y acabe por hacerse emperador, según lo tiene resuelto, ya puede vuesa merced considerar la ganga que me espera, pues no me habré de contentar con menos que con ser su gentilhombre de cámara. — ¿Y qué hará vuesa merced, señor don Sancho Panza, cuando sea gentilhombre de cámara de un emperador? No estoy lejos de pensar que más le conviniera un beneficio curado, donde se come de pichón, sin peligro de que le anden á uno refrescándole los lomos con estacas, según por acá sospechamos que ha sucedido con el señor ex gobernador. — Y no pocas veces en la gobernación, y fuera de ella, respondió Sancho. Pero mi amo dice que esos son percances de la caballería, y que si el acometerse es de valientes, el sufrir es de constantes. Respecto de lo que haré cuando me vea gentilhombre, ¿qué he de hacer sino holgarme? Como, bebo, duermo sin cuidado, me levanto tarde y dejo pasar los días por sobre mí, gozando de la vida. — ¿Quién os impide cumplir ese programa ahora mismo?, preguntó en vía de argumento el latinista: para comer y beber, dormir sin recelo y levantaros tarde, no necesitáis hallaros en esa elevada jerarquía. La paz reina en la casa modesta: lo cómodo, lo apetecible, lo suave y halagüeño están en el hogar: la felicidad tiene vida privada, y es cosa muy diferente del resplandor soberbio de las alturas sociales. Los vientos arrecian por los montes, Sr. Panza, cuando el humilde valle se está sereno en su bajo nivel. Y puesto que sois tan amigo de refranes, aquí encaja el de «al capón que se hace gallo, azotallo.» No os alcéis á mayores y quedaos en vuestro lugar, que es lo más seguro.»

El vino no habla en estos términos: ni la pobreza le impedía tener razón, ni el abatimiento le había echado á los vicios al buen viejo. «No soy gallo, respondió Sancho en voz casi arrogante; ni á mí me azota nadie: si me los doy con mano propia, no es de por fuerza, sino voluntariamente, por desencantar á la persona de mi amo, cuyo pan estoy comiendo. — Más vale flaco en el mato que gordo en el papo del gato, amigo Panza,

repuso el viejo: en vuestra casa sois gentilhombre, señor de los camareros, barón, conde, todo: nadie os manda en ella, vos mandáis en los sujetos á vuestra jurisdicción. Coméis cuando os viene el hambre, sin etiqueta ni modales importunos: ganáis la cama cuando os rinde el sueño, libre de andar por corredores y antesalas, esclavo de un reloj, como sucede con la gente palaciega. Vestís á vuestro antojo, y el opresor uniforme, ó digamos más bien librea, no os quita tiempo ni comodidad. ¿Y qué cosa más apetecible que la atmósfera pura y limitada de la casa donde respiramos con satisfacción entre personas queridas, á salvo de las inquietudes y molestias que zozobran de continuo á los ambiciosos? La gente de corte vive en una altura sin cimientos, Sr. Panza: de caballo de regalo á rocín de molinero, cuando menos se lo piensa. Y aun sin esto, si sois de los principales, tenéis mil enemigos secretos que os indisponen con el príncipe y os difaman en el público: envidia, odio, calumnia os roen á sordas: muy afortunado habéis de ser si al voltear la cabeza no os soplan la dama. — ¡Eso no!, dijo Sancho: Teresa Cascajo tiene sus retobos, pero es tan fiel como mi rucio. — Justamente porque no lo habéis aún aposentado en un palacio. La castidad y la inocencia suelen ser campesinas que conservan su frescura al aire libre. El lujo, la bulla, el relumbrón del siglo, son afeites que destruyen la belleza del alma. Si eres feliz, morirás en tu nido, porque en él están los bienes. *Bona bonis creata sunt.*

Aquí estaba en su disertación el bachiller, cuando invadió el comedor una vieja tempestuosa que venía diciendo: «¿Cuál es ese hartito de ajos infame? Nada ha perdido por haber esperado.» Y como el monigote que la seguía le indicase á Sancho Panza, arremetió con él la vieja, y prendiéndosele á las barbas, le dió remesones tales, que estuvo en un tris de arrancárselas con quijadas y todo. Sancho Panza las dió por gritar desde luego; mas viendo que eso no aprovechaba, se entregó á repetir puñadas por dentro y fuera, de tal modo, que en breve la puso á la arpa como un trapo. Al ver tan mal parada á su madre, el monigote

3108

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

cerró con Sancho, y á mansalva le molió la cabeza á coscorrones y le tostó la cara á bofetadas. D. Quijote y el cura, que á la sazón estaban saliendo del comedor, acudieron al ruido, y por medio de su autoridad pusieron fin á la pelea. La vieja trapisondista salió desmelenada, despechugada y rota, con dos dientes menos de los tres que le habían dejado por puro favor los años y el corrimiento, y sin ceder un ápice de su venganza, expuso sus agravios ante el cura. Como todo lo vió trastornado, el prudente varón resolvió que las partes volviesen dentro del tercero día, por no decir dentro de cien años. Tan enrevesada parecía la cuestión, que el Areópago no hubiera determinado otra cosa. Puesta en la calle la gente de fuera, y restablecido el buen gobierno, el machucado escudero solicitó por algunas unturas que le hiciesen al caso. «Non vos acuitedes, le dijo don Quijote: tan luego como yo vuelva á hacer el bálsamo que sabes, te pondrás bueno y sano y rejuvenecido. Calla por ahora, y conténtate con lavarte el rostro, que en verdad lo tienes achocolatado, como si te lo hubieran hecho adrede. — No ha sido de errada, respondió Sancho; y de pura cólera se arrancó tres ó cuatro mechones de pelo, y se estuvo magullando las canillas con sus propios pies durante un cuarto de hora. — Eso es llover sobre mojado, Sancho iracundo, dijo D. Quijote; repórtate, y ten piedad de ti mismo: si ahora estás debajo, mañana estarás encima; y si hoy te hallas molido, ya molerás á tu vez. Lo que conviene, es que compongas el semblante y te vengas conmigo.»



CAPITULO IX

QUE TRATA DE COSAS VARIAS É INTERESANTES POR SÍ MISMAS,
Y TODAVÍA MÁS POR LA PARTE QUE EN ELLAS TOMÓ D. QUIJOTE DE LA MANCHA

Según que se había propuesto, llevó el cura á D. Quijote á visitar su fábrica. El maestro de obras dijo que el monumento sería de orden corintio, como lo estaban pregonando las columnas y la fachada cuyo trazo tenía ya en la idea, aun cuando no estaban principiadas. «Y no piense vuesa merced que ésta sea la única que tengo entre manos: el puente de Juan Bunbún, pesadilla de los arquitectos más famosos, en dos paletas lo he echado sobre el abismo; y Dios mediante, mi ánimo es llevar á cima esta iglesia, con un pináculo que no le vaya en zaga á la catedral de Sevilla. Y mire vuesa merced, todo lo hago por pura devoción, en descuento de alguna de mis culpas, confiando en la infinita misericordia de nuestro Señor Jesucristo que me perdonará mis pecados.» Llegóse al cura D. Quijote, y le dijo por lo bajo: «Si no me engaño, la cabeza del arquitecto de vuesa merced es de orden compuesto de varios licores. — Es un honrado discípulo de Fidias, respondió el cura; alza el codo por casualidad como cuando cae domingo; pero no falla á las reglas arquitectónicas. Suele asimismo solemnizar el día lunes con una diversión dentro de casa. Por lo demás, fuera del sábado, que dedica todo entero á recrearse, no bebe sino el jueves y cuando tiene frío. Festeja sus cumpleaños y los de todos sus parientes,

amigos y conocidos. Concorre á los velorios, no pierde bodas, es puntualísimo en pésames y parabienes, y no hay fandango donde no se halle, sin camorra ni pendencia, eso sí, porque es pacífico y avenidero. — Échese y no se derrame, dijo D. Quijote: flojillo ha de salir el edificio. Con griegos como éste, yo haría Partenones. — Yo no pienso hacer otra cosa, repuso el cura: nunca dirige mejor la obra D. Emigdio que cuando se halla en buenas. Así tenemos un médico, maravilloso de bebido: ningún enfermo se le va. Y mire vuesa merced, en juicio es una pieza inútil. — Loado sea el inventor de la viña, dijo D. Quijote; pero yo quiero acabar en manos de un tonto morigerado: si la salud queda oliendo á aguardiente, opto por la sepultura. ¡Las torres de esta iglesia deberán de salir inclinadas como las de Pisa y Bolonia! — Dios no lo permita, respondió el cura;» y mandó abrir la puerta de la capilla del santo milagroso, de quien antes había dado noticia á D. Quijote.

Lo primero que se ofreció á los ojos, fueron unos grandes cuadros que contenían los milagros principales del patrono del pueblo. «Esto sucedió en el golfo de Vizcaya, dijo el cura, señalando un naufragio. Todos los pasajeros se salvaron, fuera de los que se ahogaron. — ¿Luego no se salvaron todos?, preguntó D. Quijote. — Ni la tercera parte, señor. — Y los que perecieron, ¿dónde están?, volvió á preguntar D. Quijote. — Donde Dios los ha puesto, señor; en el lienzo no están sino los del milagro. — Holgárame, repuso el caballero, de que el milagro hubiese obrado en todos, y de que todos se hubiesen salvado en vez de unos pocos. Explíqueme vuesa merced, si es servido, la materia de estotro lienzo: si no me engaño, esa figura descarnada ¿trae en las manos sus intestinos palpitantes? — Eso es dar en la cabeza del clavo, respondió el cura: el hombre á quien vuesa merced está contemplando, recibió una cuchillada desmedida, por la cual se le iba la asadura; mas tuvo tiempo de llegar á su casa, donde expiró como buen cristiano. — Este pasaje me reduce á la memoria, volvió á decir D. Quijote, á aquel venerable judío llamado Razías, que iba corriendo

delante de sus perseguidores, y de cuando en cuando se volteaba hacia ellos para aventarles al rostro sus entrañas vivas. El milagro ¿en qué consiste, señor cura? — En que no murió de redondo, señor caballero. Ahora eche vuesa merced los ojos á esta parte.» Y abriendo una caja de fierro, mil figurillas de oro y de plata resplandecieron á la vista. «¡Vive el Señor!, exclamó Sancho: gran cateador fué el santo, y dió con buena pinta. ¿El oro es amonedado ó en bruto, señor cura? — Ni uno ni otro, amigo Sancho; son figurillas y símbolos que representan milagros diferentes; pues habéis de saber que el ministerio principal del patrono de este pueblo es curar toda clase de enfermedades, mediante una prenda de oro ó de plata que figure el miembro enfermo. Veis aquí, añadió, tomando del arca uno de esos fragmentos preciosos, esta pierna consagrada por un hombre á quien se le rompió la suya en cuatro partes: desafíadle ahora á la carrera, y veremos si no os deja una legua atrás. Aquí tenéis un brazo de plata mandado hacer por un parálítico: él sabe si lo hubiera movido, y aun jugado pelota, á no haberse muerto en muy mala sazón. Esta es una garganta cuyo torneo es de lo más perfecto: pues sepan cuantos son nacidos que la señora que hizo este presente al santo, adolecía de esa enfermedad que afea y embrutece á un mismo tiempo, porque del cuello pasa á desvirtuar los órganos de la inteligencia. — ¿Qué mal es ese, señor cura?, preguntó Sancho. — Si entendéis de ciencias, amigo Panza, los médicos le llaman broncocele. En lenguaje menos científico son lamparones, y en el familiar se suele decir papera. — Ya caigo, dijo Sancho, esto es lo que en confianza se llama coto. — Así es, respondió el cura, y la señora, cuando el milagro empezaba á dar indicios de verificarse, salió también muriéndose. Ahora véase este corazón macizo; no pesa menos de diez onzas: es ofrenda de un hidalgo que padecía de hipertrofia, y ya no la padece: Dios le tenga entre sus santos. Esto tra alhaja la ofreció á la iglesia una buena matrona que murió de tisis: tosía la desdichada de manera de no ser cumplidero con ella ningún caso extraordinario y se fué dejando dos huér-

fanos y un parvulito de año y medio. Mirad aquí esta cabeza de plata, redonda y nervuda como la de un emperador romano: el que la regaló al santuario padecía de por vida de un insoportable dolor á las sienas, que acabó por volverle el juicio, sin el cual vive todavía en un hospicio de Barcelona. Este es un hígado de oro de un hacendado á quien come la tierra tres años ha, pues cuando acudió al santo, ya lo tenía en plena supuración. — ¿Dígame vuesa merced, preguntó D. Quijote interrumpiéndole, una vez que los ofrendistas de estas preseas han muerto de sus enfermedades, cuál es la parte del santo? ¿Dónde están los milagros que representan estos miembros diminutos? — Vuesa merced no es incrédulo, sin duda, respondió el cura, y sabe que los milagros son visibles é invisibles. Los primeros los tocamos con la mano; los segundos se ocultan á nuestro frágil entendimiento. ¿Quién sabe la virtud secreta de las cosas divinas, ni la manera de obrar de los bienaventurados? Mortales endeble, se nos pasan por alto las mayores cosas: la inteligencia humana tiene sus estrechuras en donde no caben, ni de lado, los grandes misterios de nuestra religión. Si el milagro se verificó, poco hace al caso que sea ó no palpable. Aquí tiene vuesa merced un ojo de plata, ofrenda de uno que los tenía torcidos. ¿Supone el Sr. D. Quijote que así pagó el tributo al santo ese quídam, como se puso á mirar derechamente? Nada de eso. Pero el dueño de este ojo sabe que si en este mundo ve un tanto al sesgo, en la eternidad ha de ver en línea recta. — Si este tuerto se condena, ¿de qué le sirve un ojo de plata?, preguntó Sancho. — El que algo da á la Iglesia, se condena poco, amigo Panza, respondió el cura; y mientras más dé un buen cristiano, se condena menos. El que da en abundancia, no se condena sino escasamente; y el que da cuanto posee, nada se condena. — Si yo prometiera y diera mi rucio con enjalma y todo á este santo milagroso, ¿qué pudiera sucederme de bueno? — Sucedería que anduvieseis á pie; con lo que haríais penitencia, y si á pies descalzos, mejor. — Pero mi santo no ha menester vuestro rucio, porque él anda á caballo; ni yo supiera qué hacer de semejante

alimaña, la cual, según he visto, ni con azogue en los oídos se menea. — El asno de mi escudero no puede ser lo que dice vuesa merced, respondió D. Quijote; porque si tan malo fuera, no se anduviera junto con mi caballo. Pero sea de esto lo que fuere, las riquezas de este santo deben de ir siempre á más, siendo el ingreso constante, ninguna la salida; y bien se pudiera aprovechar de ellas en obras pías, cosa que agradaría muy mucho al dueño del tesoro. Pues en suma, de nada sirven estos brazos y piernas preciosos, cuando hay tantas hambres que mitigar, tantos dolores que aliviar. La piedad al servicio de la caridad, es el bello y dulce misterio de la religión cristiana. — Nadie toca estas joyas, señor mío, respondió el cura: fraude sería ese, que el santo castigaría con rigor. Le gusta ver de día y de noche estas prendas de veneración, y él sabe en sus altos juicios para lo que las destina. — ¿El cura tiene derecho á ellas?, tornó Sancho á preguntar. — Cuando urge la necesidad, respondió el cura, puede disponer de tres ó cuatro. — Como por vía de espumar este depósito, dijo Sancho, y á modo de seña de haber visitado el santuario, ¿no pudiera un pasajero tomar á su cargo dos ó mas de estas alhajuelas? ¡No es bueno que yo me halle en disposición de contentarme con las más usadas! Algunillas que no le sirven al santo, señor cura; de esas que por antiguas han sido echadas al rincón. — Hará cosa de seis meses, respondió el cura, vino una loca á preguntar si á dicha no había por aquí algunas cucharas de plata, de esas que ya no sirven, y tuvo á modestia el afirmar que se contentaría hasta con una docena. Más humilde se nos descubre el Sr. Panza; pues ofrece quedar satisfecho con algunas preseas de oro ó de plata de piña. Primero os diera yo la píxide que una de estas santas cilindrinas. ¿Y son más, por ventura, para que yo me ponga á derrocharlas en favor de cualquier quisque traído por el viento? *Nemo dat quod non habet*; «ca los sabios antiguos non tovieron que era cosa con guisa, nin que podiese seer con derecho, dar un home á otro lo que non hobiese.» ¡Hijo de Dios! ¡Los símbolos, como si dijéramos la parte material de los milagros del

santo, quiere que se los demos! ¿Vuesa merced, Sr. D. Quijote, ha criado este pajarraco? — La disparidad, respondió el caballero, entre la que vino por las cucharas y este plepa, no está sino en el sexo. — ¿Conque San Jacinto te ha de dar alhajas de oro que no sirvan, mentecato? La Virgen tiene en su camarín, prosiguió el cura, buena cantidad de perlas, diamantes, rubíes y otras porquerías de estas: ¿sería vuesa merced servido, señor don Sancho Panza, de tomarlas también á su cargo? Son gargantillas, sortijas, rosarios y relicarios que ya no se usan; favor nos haría su merced con desembarazarnos de todo ese cascote. ¡Y miren cómo discurre el cara de caballo! — ¡Los sofiones que da el señor cura!, respondió Sancho: aínas me hace ahorcar por haber pedido una presa de esas crudas. Yo sé dónde espumé tres gallinas y dos gansos, hasta cuando llegase la hora de comer, y aquí me dan con las del martes por haber solicitado una triste pierna. — Una triste pierna de oro, replicó el vicario. Nos desrancharemos por serviros, noble mancebo: ahora están crudas esas presas y será bien esperemos que se hallen en su punto.»

Salieron de la capilla, y como volviesen á pasar por la fábrica, se llegó de nuevo el arquitecto á D. Quijote, y alargándole la mano, le dijo: «Mi querido.» Esto era para el caballero peor que llamarle buen hombre: sintió agolpársele la sangre á la cabeza, al tiempo que su mano caía instintivamente sobre la empuñadura de su espada. «¿Sabe este bebedor quién es «mi querido?» respondió apretando los dientes y temblándole las carnes del cuerpo. Mirad dónde os ponéis, ó daréis con tal maestro que os enseñe las cuatro primeras reglas de la buena crianza.» Hubo de interponerse el cura y suplicar á D. Quijote dispensase el atrevimiento involuntario de aquel viejo, quien no era en suma sino un pobre diablo. «El aguardiente, respondió el caballero, sobre ser de mala índole es muy mal educado. Podemos dispensar por un instante á un borracho, señor cura; mas no me consta la necesidad de seguir sufriendo sus impertinencias.»



CAPITULO X

DEL ENCUENTRO QUE TUVO D. QUIJOTE CON UN PODEROSO ENEMIGO,
Y DE LOS TRABAJOS QUE Á ESTA AVENTURA SUCEDIERON

Como en la casa parroquial no hubiese el ámbito necesario para tan gran señor, le invitó el cura á pasar á la vecindad, donde le había preparado alojamiento digno de su persona. Aceptólo D. Quijote, y seguido de su escudero, se fué adonde le dirigían, pues la cama le hacía muy al caso. Los monacillos con quienes D. Quijote había dado en el suelo cuando encontró la procesión, antes se hubieran dejado ahorcar que perdonarle; y así anduvieron con tiempo dándose sus trazas para que su venganza fuese cumplida. Llegados á la casa, le designaron su aposento, advirtiéndole que en él hallaría lo necesario, y se fueron sin hacer ni decir otra cosa. Abrió la puerta D. Quijote, y se dió de hocicos con una figura desemejable, puesta allí lanza en ristre, capaz de infundir pavor en el corazón más denodado como no fuera en el de D. Quijote. Hubo de retroceder á pesar de su valentía el poderoso manchego; mas vuelto en sí al instante, arremetió al fantasma, y de una lanzada le echó por tierra. «Está muerto, gritó Sancho: mire vuesa merced cómo tiene el cadáver esta pierna fuera del cuerpo, y lo mismo este brazo. — La cabeza no está más en su lugar, respondió D. Quijote, dando un puntillón en la del difunto, la que rodó por el pavimento. El gigante ha sido de piezas, ó mi lanza ha adquirido la virtud de reducir á polvo á mis enemigos.» Sacando por el ruido que la cabeza podía muy bien no ser de carne y hueso,